



-EL SUPERMERCADO-

Era un día como otro cualquiera, aún no había llegado la hora de abrir el supermercado y todo estaba muy tranquilo. Los ventiladores que colgaban del techo empezaron a girar con la misma melodía de siempre y las lámparas alargadas del pasillo comenzaron a encenderse como un equipo de natación sincronizada que se tira al agua, una a una.

Se oyeron pasos en el pasillo de al lado, debía ser el gerente, él era un hombre alto, muy delgado y andaba siempre encorvado y con mirada cansada. Ninguno en mi estante sabía si tenía familia, o algún amigo, simplemente aparecía allí cada mañana para luego desaparecer otra vez en su despacho y aparecer de nuevo al final del día simplemente para apagar los ventiladores, las lámparas e irse a su casa en el caso de que tuviera una, aquel hombre era un misterio.

Al contrario que el deprimido gerente yo soy bastante agradecido, es imposible no serlo cuando tienes las mejores vistas de toda la tienda. A un lado tengo a mi familia (somos todos bolsas de arroz), al otro lado están mis amigos los garbanzos y en frente... en frente tengo vistas a la caja registradora, estoy seguro de que todas las frutas, verduras, productos de limpieza, botellas de vino e incluso los pescados desearían poder ver la caja registradora.

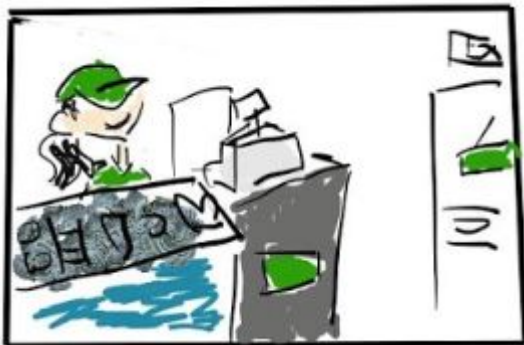
Esta posición me da muchas ventajas, puedo despedirme de todos los productos que la gente compre, puedo ver a todas las personas que vienen aquí a comprar; desde niños maleducados hasta ancianas extravagantes, y por si esto fuera poco, también podía ver a la cajera. La cajera es una chica bastante joven que no destaca por ser la más guapa pero verla trabajar es algo que siempre nos gusta mucho a todos los que tenemos el privilegio de verla. Siempre atiende a todo el mundo con una sonrisa y de vez en cuando canta una cancioncilla mientras recoloca las chucherías que están colocadas en frente de ella.

Mientras yo estaba fantaseando llegó la cajera y la tienda ya podía empezar a funcionar, diez minutos más tarde llegaron el pescadero y la carnicera, los conocía poco, pero no tan poco como al gerente, creo que son amigos pero no apostaría nada, igual solo toman el mismo autobús o se despiertan a la misma hora. Detrás de ellos entraba una anciana bajita con el pelo completamente blanco, yo la reconocía, siempre aparecía pronto por la mañana para comprar el pan y arena de gato. Lo más curioso de esta anciana es que cada día llevaba un

bolso diferente, aquel día, por ejemplo, llevaba uno verde oscuro con líneas rosas en diagonal hecho del mismo material que los pantalones vaqueros. No era el más bonito que había traído, pero tampoco el más feo, es sorprendente lo perceptivo que te vuelves estando todo el día mirando a la gente pasar.

La cajera la atendió con una sonrisa y la amable anciana se despidió y se marchó. Un rato más tarde entraron dos hombres de unos cuarenta años, ambos en un chándal deportivo. Se acercaron a mi estante mientras caminaban, tanto que pude oír su conversación tan bien como si estuvieran hablando conmigo. Decían algo sobre China, eso me trajo recuerdos ya que yo mismo vengo de China, pero no estaban hablando de planes de vacaciones o de los juegos olímpicos, estaban diciendo que un virus estaba tomando control del país y, al parecer, Italia también estaba en peligro. Miré hacia los lados, mi familia parecía tranquila y las legumbres también. ¿No lo habrían oído? era imposible no haberlo oído con lo cerca que pasaron.

Pregunté a la bolsa de garbanzos más cercana a mí por qué no estaban asustados, a lo cual respondió que nunca llegaría a España y que no hacía falta preocuparse. La verdad es que yo nunca había visto un mapa y no sabía si Italia estaba tan lejos como China o simplemente al girar la esquina pero las legumbres suelen ser más listas que los cereales, entonces, ¿por qué no hacerle caso a una bolsa de legumbres?



Siguió pasando el día y me fijé en que mucha gente había venido hoy a la tienda como si nos hubiésemos vuelto famosos de repente. Había gente que compraba bolsas llenas de comida y muchas otras personas llevaban dos o tres paquetes de mascarillas, ¡qué estupidez! solo con una boca no necesitas tantas. Muchas veces las personas me sorprenden para bien, otras para mal, no sabía cómo calificar esta, probablemente

para bien porque me reía cada vez que pensaba en ello y eso siempre está bien.

Llegó el final del día, el pescadero se fue pronto y se llevó un paquete de rollos de papel higiénico consigo, después la carnicera, más tarde la cajera y por último se oyeron los pasos del gerente, se dejó de oír la bella melodía de los ventiladores, las luces se apagaron y las puertas se cerraron dejándonos a todos en la penumbra. La única luz que me permitía ver algo era la de la farola que estaba situada justo delante de la tienda como si siempre la estuviera vigilando. Pasaron una, dos, cuatro horas hasta que un ruido repentino nos asustó a todos.

Se oyó el escalofriante sonido de los cristales de la ventana rompiéndose. ¿Qué estaba pasando? por desgracia yo no tengo vistas al escaparate así que tuve que agudizar mi oído al máximo. Pasos... Más pasos... De repente la alarma empezó a sonar con un grito que habría sido capaz de dejar sordo a más de uno.

La alarma no dejaba oír nada de lo que quien fuera que había roto el cristal estaba haciendo. Era muy frustrante no enterarse de lo que estaba pasando dos pasillos más atrás, pero siendo realista, al sonar la alarma la persona que estuviera dentro hubiera salido corriendo. Pero algo no cuadraba, yo podía ver la caja registradora en todo momento, ¿por qué el posible ladrón no fue a por el dinero que esta contenía?

Minutos más tarde llegó la policía, creí oír a cinco agentes pero solo dos pasaron por delante de mí. Lo revisaron todo pero no encontraron nada, en cierta manera era irónico pero asustaba al mismo tiempo. Los policías avisaron al gerente y este vino bastante rápido, tuvieron una larga charla con él la cual yo hubiera escuchado de no ser que todas las familias y perros del barrio se habían levantado y empezado a armar jaleo.

Al llegar la hora de abrir la tienda el gerente seguía allí haciendo un apaño para arreglar el cristal del escaparate, llegó la cajera y rápidamente fue a preguntarle al gerente que qué había pasado, al parecer, después de haberse quedado revisando estantería a estantería se había percatado de que se habían llevado dos paquetes de papel higiénico y mascarillas. No hacía falta ser muy listo para saber que esto tenía algo que ver con el virus del que había oído hablar ayer.

Llegó el resto de la plantilla, la carnicera y el pescadero, pero aún no abrían la tienda. Estaban todos hablando en un pequeño círculo con miradas preocupadas, cuando acabaron de discutir sobre el robo decidieron abrir la tienda al público. No me había fijado antes pero tras la puerta había una cola de catorce personas aproximadamente esperando para entrar, entre ellos pude ver a la anciana de los bolsos, lo cual me alegró porque siempre me subía el ánimo ver a las personas que sonríen y disfrutan de hacer las cosas que hacen.

Algo no andaba bien, la anciana del pan y la comida de gato no estaba sonriendo, parecía más bien una mirada de desconfianza lo que se percibía en su ajado rostro. No solo ella estaba así, absolutamente todas las personas que alcanzaba a ver tenían la misma mirada, incluso la cajera.

Yo no sabía muy bien de qué iba el virus pero debía ser algún tipo de bacteria que te quita la felicidad, era algo que nunca había visto en ningún momento, la única persona que era normal que tuviera esa mirada era el gerente y ni siquiera la suya alcanzaba a ser tan preocupante como las que iban entrando una a una en la tienda.

Una vez comenzó a entrar la gente empezaron a trotar por dentro de la tienda hacia el pasillo donde se encontraban las mascarillas y los productos de ese tipo. No lograba entender por qué todos iban hacia ese pasillo si ya estaban infectados con el virus de la tristeza y el miedo, y creanme ese es un virus mucho peor que cualquier otra bacteria que encuentres en los libros de texto.

Poco a poco la tienda se fue llenando de más y más gente hasta llegar a un punto que no se podía dar más de dos pasos cortos sin encontrarte a alguien de frente con bolsas muy pesadas



a cada lado del cuerpo. Esta gente estaba arrasando el supermercado como yo nunca antes lo había visto, de hecho su estantería también se estaba viendo afectada por el tsunami de gente. Pasaron seis horas de locura y la tienda ya iba a cerrar, me fijé en mi estante, vacío... Vacío de no ser por mí, por dos bolsas de garbanzos que quedaban en una esquina lejana y una mandarina que no pintaba nada en la estantería ni en el pasillo. Tanto me quedé en shock que no me di cuenta de cuando los trabajadores abandonaron el establecimiento. Pero sí me di cuenta de una cosa, no habían apagado los ventiladores, al menos así el sonido que siempre le tranquilizaba haría su trabajo, y así fue.

Al día siguiente el virus del miedo y la tristeza debía haber provocado una cuarentena o algo así porque la carnicera y el pescadero no aparecieron, simplemente llegaron el gerente con la misma cara cansada de siempre y la cajera, afectada por el virus; no el de verdad, sino el otro, el malo de verdad. La calle estaba completamente vacía, de no ser por los

ventiladores estaría en un completo silencio, definitivamente algo había pasado.

Esperaba y esperaba, pero la anciana no aparecía, nadie aparecía. Eso me puso muy triste pero.. ¡no! no podía dejar que el virus me afectara a mí también, puede que las personas no se den cuenta del verdadero enemigo pero yo sí y no dejaría que me afectara, nunca dejaría que me afectara.

Mientras reflexionaba una pareja de personas pasó por la calle, agradecí que por fin alguien fuera a entrar en la tienda pero cuando estaban a punto de entrar les paró un policía que apareció como de la nada y empezó a decirles algo en un tono bastante serio. Las caras de la pareja, que hace unos momentos habían sido una luz de esperanza para mí, unas caras felices, repentinamente se transformaron en caras de preocupación, a este paso nadie se salvaría. Una de las dos personas dio media vuelta y se marchó caminando y la otra le despidió y entró a la tienda. No saludó al entrar, no dirigió ni una palabra a la cajera y no se despidió al irse.

Cada minuto que pasaba mi autoestima bajaba un poco, entraron dos clientes más, primero un médico que simplemente compró una manzana y después un anciano que compró el poco papel higiénico que quedaba. Los dos tenían el virus del miedo. La cajera encendió la pequeña televisión que había detrás de ella y apareció un señor trajeado hablando, al parecer estaba en todos los canales, debía ser muy famoso. La cajera llamó al gerente y este se apoyó en el mostrador para ver qué decía el famoso.

Por lo que pude escuchar estaba hablando de no salir de casa a no ser que fuera necesario y de muchas cosas más que no lograba entender. Pero sí entendí una cosa, al final del discurso dijo: “todos juntos saldremos de esta”. Las palabras resonaron en la tienda, pero, la esperanza que me quedaba ya se había esfumado, no había visto a nadie feliz en todo el día.

Y fue en ese momento cuando recuperé la alegría, en las calles empezaron a oírse palmadas que poco a poco se transformaron en aplausos, un aplauso aplaudido por todas las personas, personas que tenían esperanza. Y, escuchando el grandioso sonido del aplauso, supe que todo iría bien.

FIN